



Publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía. Cada autor es responsable de sus ideas y para nada compromete el pensamiento de la organización.

Opiniones sobre este artículo escribanos a:

semanariovirtual@viva.org.co

Viva.org.co

Verdades en disputa y desafíos históricos

Quedarían muchas verdades por develar y responsables por identificar, tanto en la extrema izquierda como en la extrema derecha, quienes respectivamente suelen ordenar asesinatos y gobernar llenos de certeza, frialdad y buena conciencia, con coartadas como la "revolución" y la "democracia", que con el tiempo se nos revelan como una gran falsedad.

Hernando Llano Ángel

Profesor Departamento de Ciencia Jurídica y Política Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales Universidad Javeriana – Cali

La asunción de responsabilidad del asesinato de Álvaro Gómez Hurtado por la entonces Farc – EP, no es solo un gran desafío para la supervivencia política de la hoy Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (Farc) y para la competencia e idoneidad judicial de la JEP, sino para toda la sociedad colombiana, reacia a creer en dicha versión como verdadera. De nuevo, nos encontramos frente a las paradojas y desafíos de la verdad, con sus múltiples rostros, actores, aristas y relatos casi inverosímiles. En un influyente sector político, social y económico, cuyo epicentro son los descendientes del mismo Álvaro Gómez, ya estaba dictada la sentencia moral condenatoria contra el expresidente Ernesto Samper y su alfil Horacio Serpa Uribe. También lo está en el (pre) juicio del presidente Duque¹, como albacea de dicha versión, al encomendarle al Fiscal General la misión de su investigación, esclarecimiento y condena de los verdaderos responsables. En otros sectores, la hipótesis señalaba a miembros del propio Ejército nacional, sobre el supuesto de la negativa de Álvaro Gómez a presidir una conspiración que depusiera de la jefatura estatal a Samper Pizano.

La hora de la verdad

Ahora, el turno es para los dirigentes de la Farc, quienes deberán aportar a los magistrados de la JEP un acervo probatorio de tal consistencia que permita la demostración fáctica, política, histórica y judicial de haber sido los autores intelectuales y materiales del magnicidio². Entre esos aportes, uno de los más cruciales será el político, puesto que tendrán que explicar la lógica que los llevó

¹ “Obviamente, que la justicia cumpla con su tarea, pero también que no vaya a permitir que por una vía se trate de obstruir la verdadera responsabilidad que hay detrás de ese asesinato”, aseguró el presidente.

² [“Somos los únicos responsables de muerte de Álvaro Gómez”: Timochenko a Álvaro Leyva.](#) Revista Semana, octubre 16 de 2020.

a planear y ejecutar el crimen de quien entonces era potencialmente su mejor aliado. El aliado que encarnaba al interior de la elite dirigente la oposición más temida por Samper, quien se defendía casi en absoluta soledad con su poder burocrático y clientelista, atornillado a la silla presidencial. Por la correspondencia ahora revelada de Tirofijo, nos enteramos de que éste apeló al manual leninista de profundizar las contradicciones entre la elite como una fórmula que supuestamente precipitaría la caída del régimen: *“Lo del señor Gómez debemos mantenerlo en secreto, para ver cómo vamos ayudando a profundizar las contradicciones, mientras bajamos otros. Y entre otras cosas los Estados (sic) mayores de bloques y comandos conjuntos no deben olvidar la creación de comandos para dar de baja a jefes políticos reaccionarios, y así ayudar a profundizar las contradicciones en el régimen político”*. Es el conocido *“divide y reinaras”*, reforzado con el dar de *“baja”* a quienes consideraban reaccionarios, como lamentablemente sucedió con el profesor Jesús Bejarano y el camarada José Cardona Hoyos³, entre muchos otros. Ninguna revolución ha triunfado sin haberse producido antes una división insuperable en la cúpula del régimen, división que representaba con lucidez y valentía Álvaro Gómez, quien iba mucho más allá de la consigna oportunista de *“tumbar a Samper”* y buscaba era tumbar el régimen, aunque con una estrategia diametralmente opuesta a la de las Farc–EP.

“La responsabilidad es del régimen”

Así lo escribió en el editorial de su diario *“El Nuevo Siglo”*, el 23 de octubre de 1995, bajo el título *“La responsabilidad es del régimen”*:

“Al Presidente no lo están tumbando ni los políticos, ni los periódicos, ni los gremios, porque nada se ganaría con remplazarlo por otro personaje del mismo régimen que quizás no tendría tantas cosas que respetar como el señor Samper. El proceso de decadencia que vivimos no se acaba con un cambio de nombres”.

Y agregaba que ello debía emprenderse por vías constitucionales:

“Creemos que hay que acortar ese camino. Que aún es tiempo, que pueden presentarse soluciones por las vías previstas en la Constitución y que le evitarían, no solo al país, sino a los propios personajes que constituyen el régimen, el tremendo desgaste a que están sometidos”.

Transcurridos casi 25 años de su asesinato, hoy sabemos que su determinante o autor intelectual fue el mismo Manuel Marulanda junto al Secretariado de las Farc – Ep y que su decisión tuvo relación directa con el origen del conflicto armado interno, pues en 1961, siendo senador Álvaro Gómez, éste denunció la existencia de las llamadas *“repúblicas independientes”*⁴. Repúblicas que

³ [¿Quién mató y por qué a José Cardona Hoyos?](#) – El Espectador, mayo 7 de 2016.

⁴ *“...Hay en este país una serie de repúblicas independientes que no reconocen la soberanía del Estado Colombiano, donde el Ejército Colombiano no puede entrar, donde se le dice que su presencia es nefanda, que ahuyenta al pueblo, o a los habitantes... Hay la República Independiente de Sumapaz. Hay la República Independiente de Planadas, la de Riochiquito, la de este bandolero que se llama Richard y ahora, tenemos el nacimiento de... la República Independiente de Vichada”*. Álvaro Gómez Hurtado, 25 de octubre 1961, en el Congreso.

pretendió erradicar al presidente Guillermo León Valencia en 1964 con la llamada operación “Soberanía” contra Marquetalia, episodio que catalizó la transformación de una autodefensa campesina en la leyenda fundacional de las Farc, rodeada del heroísmo épico de cerca de 50 campesinos que resistieron el asedio de batallones y bombardeos⁵. Por ello, los responsables del magnicidio deben aportar ahora toda la verdad con testimonios y pruebas irrefutables, para que la JEP asuma por competencia material dicha investigación. Pero, más allá de esos aspectos judiciales y de la colisión entre las jurisdicciones, que ya presagia otro tenso pulso entre la Fiscalía y la JEP, hay dimensiones de mayor trascendencia. Dimensiones relacionadas con el conocimiento de nuestra degradada realidad política y de sus principales protagonistas y responsables. Pero también con nuestro rol como ciudadanos, sin el cual jamás podremos transformarla y superarla. Al respecto, el mismo Álvaro Gómez describía con clarividencia ese régimen, en entrevista publicada en la Revista Diners número 303 en junio de 1995: *“El régimen transa las leyes con los delincuentes, influye sobre el Congreso y lo soborna. El régimen es un conjunto de complicidades. No tiene personería jurídica ni tiene lugar sobre la tierra”*.

El régimen por tumbar

Hoy, como ayer, ese régimen que Gómez llamaba a tumbar sigue incólume, con la gravedad que, después de su asesinato, se ha ido consolidado de tal forma que parece irreconocible y poco tiene que ver con la legitimidad y la legalidad de una auténtica democracia. Es un régimen que ha fusionado la política con el crimen, lo legal con lo ilegal y lo legítimo con lo ilegítimo, bajo un manto denso e impenetrable de elecciones con coaliciones y alianzas de sus candidatos y gobernantes con fuerzas y grupos criminales, pero también con intereses empresariales y banqueros que financian y *avalan* generosamente sus campañas. Y esto no es de ahora, pues sucede desde la noche de los tiempos. Solo que esa ilegalidad criminal y legalidad empresarial tienen tal capacidad de metamorfosearse y mimetizarse con el poder político institucional que no lo percibe nuestra frágil memoria e ignorancia política e histórica. Tras bambalinas, todavía hoy se ocultan los fantasmas de Odebrecht y del Ñeño Hernández⁶, para solo nombrar dos poderes de facto que fueron determinante en las recientes elecciones presidenciales y no irnos hasta las últimas tres décadas del siglo pasado. Décadas donde el narcotráfico, primero, y el narcoterrorismo, después, precipitaron incluso la convocatoria de la Asamblea Nacional Constituyente, la expedición de la Carta del 91 y la elección de más de un presidente. O recordar la reciente y aún más terrorífica metamorfosis de ese poder cristalino de la cocaína camuflado en las AUC, previo ensayo exitoso en el laboratorio legal de las Convivir, y su rápida conversión en narcoparamilitarismo hasta coronar, mediante la parapolítica, la Presidencia y el Congreso de la República. En fin, por esa maraña inextricable de la política con el crimen, desde César Gaviria hasta el presente, ninguno de los presidentes ha podido gobernar sin tener relaciones implícitas o explícitas con la ilegalidad y la criminalidad. En ocasiones haciendo promesas electorales de procesos de paz, como Pastrana con las Farc,

⁵ [“La verdad sobre la carta de ‘Tirofijo’ al presidente Valencia”](#) – Colombia Check, julio 11 de 2019.

⁶ [Noticias Uno tiene 3.404 clips de grabaciones de conversaciones de ‘El Ñeño’ Hernández](#) – Noticias Uno, marzo 7 de 2020.

o mediante coaliciones con criminales como los PEPES, para liquidar a Pablo Escobar, durante Gaviria, o incluso con apoyos entusiastas a embriones del paramilitarismo como las Convivir, promovidas por el entonces gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe, hoy en líos con la justicia por ese pasado turbio, que millones de sus seguidores no quieren ver ni reconocer, rubricado después con los *“falsos positivos”*, hijos legítimos y hasta legales de su *“seguridad democrática”*, siendo ya presidente de la república.

La responsabilidad ciudadana, más allá del maniqueísmo

Sin duda, en todo ese pasado y presente, los ciudadanos tenemos alguna responsabilidad en nuestra condición de electores. Obviamente, unos más que otros. Siempre estamos eligiendo, con más o menos consciencia e información, miedo o ignorancia, esperanza y hasta entusiasmo, aquel candidato que creemos podrá garantizarnos seguridad, paz y prosperidad, sin deparar mucho en los medios que utilice para lograrlo. Y cuando tuvimos la oportunidad de decidir sobre el Acuerdo de Paz para comenzar a poner fin a esa tramoya de la política con las armas y el crimen, reflejamos de cuerpo entero nuestra confusión. Una confusión que, en últimas, es un miedo casi invencible a reconocer las terribles verdades que hacen parte de nuestra realidad, mirándonos de frente, despojándonos de nuestros prejuicios, intereses, simpatías partidistas o ideológicas, odios personales o familiares comprensibles y hasta venganzas generacionales, que llevan a muchos a considerar que en política hay unas violencias buenas y otras malas. Incluso, buenos muertos, cuya ejecución hay que celebrar. Así como Tirofijo y el Secretariado de las Farc – EP consideraron que *“el señor de las repúblicas independientes”* debía ser *“ajusticiado”* por haber promovido políticamente la operación Marquetalia. Contra esa violencia burguesa del Estado, entonces desplegaron su *“justiciera”* violencia guerrillera, asesinando el líder conservador, cobrándole la factura de su discurso contra las *“repúblicas independientes”* 24 años después.

La conversión de la paz

Pero hoy, curiosamente casi 25 años después, sus antiguos camaradas y cómplices del Secretariado, en comunicado público de su partido, escriben: *“Reconocemos que fue un error haber asesinado a un político de la talla de Álvaro Gómez Hurtado. Hemos leído sus biografías y hoy sabemos que su contribución a la paz del país habría sido fundamental. Pero la guerra nubla la mirada del futuro y sólo permite ver la realidad en blanco y negro para dividirla en amigos y enemigos”*. Algo que jamás hubieran reconocido y escrito sin la conversión política que ha producido en ellos el Acuerdo de Paz. Conversión que todavía está muy lejos de iniciarse en muchos de los protagonistas de la política colombiana, obsesionados con la venganza, para no hablar de los millones de colombianos que aún creen en la pueril y falsa versión de que todo lo que nos acontece es una gran mentira.

“Nada es verdad, todo es mentira”

Una treta del pérfido *“comunista”* Juan Manuel Santos, aliado con los criptosocialistas Obama y Biden, quienes respaldaron el diabólico *“Acuerdo de*

paz” para que el narcoterrorismo sembrara de coca la mitad del país y quedara Colombia en manos de las Farc y la JEP, con su *“justicia de impunidad”*. Algo tan delirante como el comportamiento de Trump frente al coronavirus y la invitación a sus seguidores a que no tengan miedo de la gripita, que salgan a las calles, como si todo fuera un cuento chino y que voten por él el próximo 3 de noviembre, para salvarlos de los radicales socialistas de Biden que pretenden ganarle mediante fraude electoral a través del correo. Con estas narrativas, totalmente irreales y maniqueas, que millones de personas no ponen en duda, tanto en Estados Unidos como en nuestro país, es que se degrada la política y se consolidan esos regímenes que Álvaro Gómez Hurtado llamaba a tumbar, no violentamente, sino ciudadanamente, políticamente en las urnas y no promoviendo guerras, cavando trincheras y más tumbas.

Nueva ciudadanía y liderazgos políticos

Pero para ello, se precisa que tengamos como ciudadanos el valor y la suficiente lucidez de no dejarnos embaucar por aquellos que todavía creen que la realidad es en blanco y negro y la política un combate a muerte entre demócratas y comunistas, entre *“amigos virtuosos”* contra *“enemigos corruptos”*, entre ciudadanos de bien contra los del mal, o, en el colmo de la estulticia, entre *“paracos”* uribistas contra *“mamertos”* petristas y viceversa. Los desafíos históricos para el esclarecimiento de muchas verdades, el funcionamiento de la justicia transicional y restaurativa y el logro de la reconciliación política nacional, demandan una nueva ciudadanía capaz de superar esas falsas dicotomías que nos dividen en bandos irreconciliables y de nuevos liderazgos políticos que se sitúen más allá del ajuste de cuentas entre clases sociales o, lo que es peor, de líderes que solo pretenden evadir sus responsabilidades personales y políticas y temen más a las verdades y a la justicia que hoy se empiezan a vislumbrar a partir del Acuerdo de Paz y especialmente del Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y garantías de no repetición. Ya va siendo hora de empezar a reconocernos y reconciliarnos, para no seguir avergonzándonos por un pasado tan atroz y superar este presente cargado de crímenes que no cesan y de vengadores insaciables, empeñados en prolongar eternamente su ajuste de cuentas. Pero, sobre todo, para dejar un futuro más amable a las nuevas generaciones, con un horizonte cierto de democracia, civilidad, paz política, justicia social y prosperidad económica. Esos son los desafíos históricos de la elección presidencial del 2022, si superamos la morbilidad del coronavirus y no nos dejamos arrastrar por la letalidad del autoritarismo. Porque si esto último sucede, el futuro nunca será de todos, sino de muy pocos, como ha sido durante el pasado y lo es hasta el presente, con casi total impunidad y mucha criminalidad. Entonces quedarían muchas verdades por develar y responsables por identificar, tanto en la extrema izquierda como en la extrema derecha, quienes respectivamente suelen ordenar asesinatos y gobernar llenos de certeza, frialdad y buena conciencia, con coartadas como la *“revolución”* y la *“democracia”*, que con el tiempo se nos revelan como una gran falsedad. Como letales y verdaderas pandemias políticas.

Edición 703 – Semana del 10 al 16 de octubre de 2020